

CAPITULO XXV.

Noviembre de 1859.

Concentración de fuerzas liberales en el Bajío.—Degollado al frente de 2,000 hombres en marcha hacia Querétaro.—Fuerzas reaccionarias que se replegan á Querétaro y las que deben reunírseles.—Marcha de Miramón á ponerse á la cabeza de las fuerzas de Querétaro.—Woll marcha de Zacatecas á incorporarse á Miramón.—Márquez no envía refuerzos á Miramón.—Preliminares y batalla de la Estancia de las Vacas.—Apreciaciones de Miramón y de Degollado sobre la batalla de la Estancia.—Proclama de Degollado en San Luis.—Miramón llega inesperadamente á Guadalajara.—Felicitaciones.—Se manda llamar á Márquez, quien regresa, renuncia y se presenta al presidente.—Conferencia reservada.—Solicitudes sobre que no se acepte la renuncia á Márquez.—Graves cargos contra Márquez.—Ogazón en el Sur de Jalisco.—Ataca á Tepic Lozada, muerte del general Coronado y capitulación y pérdida de Tepic por los liberales.

Mientras los dos primeros caudillos reaccionarios se divagaban, uno con el negocio de Jeker, y el otro maquinando contra los intereses de la conducta de caudales confiada á su custodia; el general en jefe del ejército federal verificaba una concentración de fuerzas en el Bajío y aparecía frente á seis mil hombres con veintinueve piezas de artillería en movimiento sobre la capital, mandando esas fuerzas el mismo general Degollado y los generales José Justo Al-

varez, Manuel Doblado, Miguel Blanco, José María Arteaga y Santiago Tapia.

Miramón en presencia de la inesperada aparición de Degollado con un ejército en aquella zona; ordenó al general Francisco Veles se replegara de Guanajuato á Querétaro, donde incorporadas las fuerzas de su mando á las del general Tomás Mejía, contaría con tres mil soldados y diez y nueve cañones; dispuso que la división Woll que se hallaba en Zacatecas, marchase rápidamente también á Querétaro; mandó á Márquez expeditase el envío de una brigada que con anterioridad se le tenía pedida á fin de situarse en el Bajío, y él mismo salió de la capital, en la diligencia, con su estado mayor, para Querétaro, la noche del cinco de noviembre á ponerse á la cabeza de aquellas fuerzas, disponiendo le siguiesen de la capital á incorporársele veinticuatro piezas de artillería, escoltadas por el 4.º batallón de infantería.

Degollado, después de haber sido derrotado el general reaccionario Francisco Pacheco, en las inmediaciones de Silao, y de ocupar la ciudad de Guanajuato; el día once de noviembre salió en la diligencia de esta ciudad y alcanzó al ejército de su mando en Apaseo: allí dispuso se adelantase hasta Querétaro el coronel Benito Gómez Farías á proponer á Miramón una conferencia para ver si era posible evitar el derramamiento de sangre, en el concepto de que las tropas reaccionarias, por su inferioridad numérica, no podrían resistir al empuje de las tropas liberales.

El paso dado por el general Degollado de entrar en pláticas con el general Miramón, si bien humanitario, era antiestratégico y notoriamente inútil: antiestratégico, porque en aquellos momentos el buen éxito de las armas liberales dependía exclusivamente de la rapidez de sus maniobras, y todo lo que importara dar tiempo al enemigo á que recibiera los refuerzos antes indicados, era comprometer seriamente el éxito de las operaciones tan aventajadas ya; era inútil, porque sosteniendo ambos contendientes causas cuyos principios eran diametralmente opuestos, Degollado dentro de la esfera de sus facultades, nada podía conceder á su contrario con menoscabo de los principios constitucionalistas y Miramón no era hombre que se entregara sacrificando sus ideas, su poder y sus ambiciones, único medio de conciliación posible.

Miramón aprovechó audazmente la oportunidad que le brindaba

ba la ocasión, para ganar tiempo y aceptó la conferencia, la cual pudo verificarse en seguida; pero la aplazó para la tarde del día doce siguiente; y mientras aquellas horas transcurrían el caudillo reacionario hacía salir de Querétaro tiros de muelas para activar la conducción de la artillería que iba de la capital y excitaba á Woll á fin de que redoblara la marcha.

Woll, salió de Zacatecas á incorporarse á Miramón el día nueve; por consiguiente, era imposible se aproximara antes del veinte, y en cuanto á Márquez, no movió ni un solo hombre; acaso deseaba ésta la pérdida del presidente á juzgar por datos que se registran al fin en este capítulo, para hacerse de la situación y nadie pudiera disputarle la primacía.

Verificada, pues, la conferencia, resultando lo que era de esperarse, y sobre esto dijo Degollado en el parte que rindió de los acontecimientos subsiguientes, con fecha diez y ocho de noviembre en S. Luis:

«El día doce me dirigí con dicho señor Farias á la Calera, que era donde teníamos nuestra última avanzada, habiendo situado el enemigo la suya en la hacienda del Rayo. El señor Miramón se avisó á las cuatro y media de la tarde, acompañado solamente del Lic. D. Isidro Díaz, y entre la Calera y el Rayo nos reunimos los cuatro y entramos en explicaciones francas, que si no dieron un resultado satisfactorio, si me convencieron de que Miramón es caballero y de que á su modo y con sus errores desea el término de una guerra que confiesa, no puede concluir, sino con el triunfo de las ideas liberales.

«Luego que me separé del expresado señor Miramón sin haber conseguido que aceptara el orden constitucional mandé prevenir al Sr. general D. Manuel Doblado que en la misma noche avanzaran las tropas y se situaran á las seis de la mañana del día siguiente, 13, en las lomas de la Estancia de las Vacas, á menos de dos leguas de Querétaro. Así se verificó con la mayor oportunidad y precisión, formándose tres líneas formidables de defensa en una posición casi inexpugnable. A las siete se presentó el enemigo, y el señor general D. José María Arteaga por la izquierda con los batallones de Moralia y de Tamaniipas y el señor coronel D. Julián Quiroga por la derecha con su regimiento de rifles y batallón de Aguascalientes se desplegaron en tiradores al frente, rechazando al enemigo victoriosamente y haciéndole desde luego más de 50 prisioneros que

nos aseguraban la victoria. Nuestras caballerías á las órdenes del señor general D. Emilio Langberg y del señor coronel D. Vicente Vega por izquierda y derecha á la conveniente distancia, se situaron en apoyo de ambas alas; pero lo muy fragoso del terreno no les permitió obrar antes de bajar á la llanura.

Luego que vi desordenado al enemigo mandé venir los batallones 1.º y 2.º ligeros de San Luis á las órdenes de los señores generales D. Santiago Tapia y D. Miguel Blanco para que cargasen por el centro, habiendo logrado el primero desalojar al enemigo del frente y tomarle sus piezas. Mas el valiente y pundonoroso general Tapia fué mortalmente herido, y muerto el comandante del primer batallón de San Luis, D. Albino Espinosa, por cuyas desgracias entró el desorden en nuestras filas y retrocedieron nuestros soldados á tiempo que yo me hallaba pie á tierra, porque me estaban remudando caballo á virtud de que el que había servídomme para recorrer nuestro vastísimo campo, se había destronado enteramente.

En vista de esto, á las once de la mañana mandé replegar nuestras fuerzas á las tres líneas escalonadas en la altura; pero esta medida salvadora fué nulatoria, porque simultáneamente se pusieron en fuga y en dispersión todas las tropas, que no quisieron obedecer á los jefes, obligando al Sr. general Doblado á querer contener á metralla la dispersión. Sucesivamente me fui encontrando con las piezas abandonadas, sin artilleros y sin trenistas ni ganados que las salvarsen, á causa de que los mismos soldados habían destrozado los atalajes y llevándose las mulas para fugarse en ellas con más velocidad, dejando perdidos nuestros trenes, parques, equipajes, etc., del modo más criminal y vergonzoso por culpa de la oficialidad que se portó muy mal con rarísimas excepciones.

Solo mis ayudantes con el Sr. coronel Quiroga, el teniente coronel D. Bernabé de la Barra, otros tres ó cuatro oficiales y yo, con pistola amarillada y en guardia cubrimos la retaguardia, siendo fortuna nuestra que la caballería enemiga careciese de parque y que respetase nuestra actitud amenazante, aunque nos persiguió tenazmente hasta Celaya, sin hacer más que una ú otra víctima de los rezagados que no podían seguir el movimiento.

En Celaya nos esperaba otro peligro. Los sicarios fanáticos que veían una ocasión de cometer los más cobardes asesinatos á mansalva sobre millares de hombres que trataban sólo de ponerse á

salvo, nos hicieron un fuego mortífero al atravesar la ciudad, ametrallándonos con un pequeño cañón que allí quedó abandonado. Estos infames instrumentos del clero asestaron sobre mí una descarga que dejó acribillado el marco de una puerta donde me paré á dar algunas órdenes; más el cielo dejó burladas sus tentativas sangui-narias, y los que me rodeaban y yo salimos sanos y salvos fuera de la ciudad aunque perseguidos de cerca por los caribes de Celaya hasta el Huaje.

El Sr. general Doblado se tomó la tarea de ordenar la retirada, se halla en Salvatierra con la mayor parte de los dispersos, y yo me vine con el resto á este cuartel general, para reorganizar todo dentro de breves días y volver pronto á la carga como se verificará.

Se nos desgració también el recomendable y muy entendido general D. José Justo Alvarez, quien la víspera de la batalla, perdió una pierna, herido casualmente por la caída de una pistola que se disparó sobre él, en Apaseo, la tarde del día 12 haciéndonos gran falta su presencia, y conducido á Celaya para ser amputado debe hallarse en poder del enemigo, porque nos fué imposible salvarlo...»

He aquí algunos otros pormenores de la batalla de la Estancia de las Vacas tomados de una carta de Miramón al ministro de guerra:

«Supongo á V., dice Miramón, deseando saber algo más de los sucesos de la batalla de antes de ayer, y por lo que me apresuro á darle algunos detalles. Comenzó el fuego de cañón á las siete; á las nueve el enemigo destacó por nuestro flanco izquierdo una fuerte columna protegida por una nube de tiradores; esa columna mandé contenerla con 400 caballos y la brigada Alfaro, batallón de Guanajuato y batallón de León con 6 piezas, todo á las órdenes del general Mejía. Surtió este movimiento el efecto deseado, pero al mismo tiempo que contuvo éste, el enemigo nos amagó por el centro y la derecha; por el centro destaqué al batallón de Sierra Gorda, y 200 cazadores, y por la derecha á Silao y una batería que á metralla desorganizó la columna y la puso en fuga, causádoles grandes pérdidas: en el centro no fuimos tan felices, Sierra Gorda se dispersó: y los 200 cazadores se retiraban paso á paso; pero el enemigo cargaba sobre él toda su fuerza, y no nos quedaba más tropa que el resto de cazadores formado en columna y los 120 del 4.º y 2.º ligero, puesto que Querétaro sostenía el parque, y la caballería en las

flancos. En este conflicto ordené hacer un que consideré que roto el centro los dos costados, y que todo el mundo, exceptuando la bre el enemigo. Puse á los ligeros en el centro ni presencia, el empuje fué irresistible. El empuje cortaduras, cercas y dos ó tres casas de la Estancia con desesperacion, pero todo fué en vano: á las 12 horas concluído. La persecución se hizo como se ve en los caballos: 30 piezas, una fragua, 43 carros de transporte, como 500 armas, 120 prisioneros, el general D. Santiago Tapia y D. José Justo Alvarez, el primero, y amputado de la pierna izquierda, oficiales y más de 260 muertos y heridos, son los datos de la historia.

En esta parte tenemos que lamentar la pérdida del coronel Mota Velasco y la de un teniente coronel Gorda. Heridos mortalmente D. Luis López González aunque no de gravedad, y otros tres oficiales. En total 86 muertos y 110 heridos y algunos dispersos. El general Mejía marchará á México con todo el botín quitado entre él una pieza de á 12 que nos hizo grandes per-

«Hasta mañana no se concluye de levantar el campo, pero pasado mañana estaré en Guanajuato.»

Degollado se retiró para San Luis, allí dió parte al gobierno del desastre, y expidió la siguiente proclama:

«Santos Degollado, &

«Soldados: Un nuevo y terrible descalabro ha venido á acrisolar nuestras creencias, y tengo orgullo en responder con un nuevo vigor y con fé más viva en el pueblo, á ese vaivén reparable de la fortuna inconstante.»

«No depende por ventura la fortuna decisiva de nuestra causa, ni de los azares de la campaña, ni del poder ó debilidad material de nuestros enemigos. El día que estos pasaran su estandarte triunfante del uno al otro extremo de la República, si esto fuere posible, ese día caerían de rodillas delante de las ideas vencedoras exaltadas por la mano irresistible del siglo en que vivimos.

«Soldados: Siempre siguen los pasos de la derrota, la detracción,

salvo, nos hicieron un fuego mortífero al atravesar trallándonos con un pequeño cañón que allí quedamos infames instrumentos del clero asestaron sobre nosotros que dejó acribillado el marco de una puerta donde algunas órdenes; más el cielo dejó burladas sus tonarías, y los que me rodeaban y yo salimos sanos y la ciudad aunque perseguidos de cerca por los cañones hasta el Huaje.

El Sr. general Doblado se tomó la tarea de ordenar se halla en Salvatierra con la mayor parte de los divisiones vine con el resto á este cuartel general, para reorganizarlo dentro de breves días y volver pronto á la carga como siempre.

Se nos desgració también el recomendable y muy valeroso general D. José Justo Alvarez, quien la víspera de la batalla perdió una pierna, herido casualmente por la caída de una bala que disparó sobre él, en Apaseo, la tarde del día 12 habiendo faltado su presencia, y conducido á Celaya para ser allí hallarse en poder del enemigo, porque nos fué imposible.

He aquí algunos otros pormenores de la batalla de las Vacas tomados de una carta de Miramón al ministro:

«Supongo á V., dice Miramón, deseando saber algo más de los sucesos de la batalla de antes de ayer, y por lo que me apresuro á darle algunos detalles. Comenzó el fuego de cañón á las siete; á las nueve el enemigo destacó por nuestro flanco izquierdo una fuerte columna protegida por una nube de tiradores; esa columna mandé contenerla con 400 caballos y la brigada Alfaro, batallón de Guanajuato y batallón de León con 6 piezas, todo á las órdenes del general Mejía. Surtió este movimiento el efecto deseado, pero al mismo tiempo que contuvo éste, el enemigo nos amagó por el centro y la derecha; por el centro destacué al batallón de Sierra Gorda, y 200 cazadores, y por la derecha á Silao y una batería que á metralla desorganizó la columna y la puso en fuga, causándoles grandes pérdidas: en el centro no fuimos tan felices, Sierra Gorda se dispersó: y los 200 cazadores se retiraban paso á paso; pero el enemigo cargaba sobre él toda su fuerza, y no nos quedaba más tropa que el resto de cazadores formado en columna y los 120 del 4.º y 2.º ligero, puesto que Querétaro sostenía el parque, y la caballería en las

alas protegía nuestros flancos. En este conflicto ordené hacer un empuje decisivo porque consideré que roto el centro los dos costados entrarían en desorden, y que todo el mundo, exceptuando la reserva, marchase sobre el enemigo. Puse á los ligeros en el centro y animándolos con mi presencia, el empuje fué irresistible. El enemigo á favor de las cortaduras, cercas y dos ó tres casas de la Estancia, se defendió con desesperación, pero todo fué en vano: á las once la acción había concluído. La persecución se hizo como se debe, hasta acabar los caballos: 30 piezas, una fragua, 43 carros de municiones, mas de 20 de transporte, como 500 armas, 120 prisioneros, los ex-generales D. Santiago Tapia y D. José Justo Alvarez, heridos mortalmente el primero, y amputado de la pierna izquierda el segundo, 12 oficiales y más de 260 muertos y heridos, son los trofeos de esta victoria.

«Por nuestra parte tenemos que lamentar la pérdida del coronel graduado Arenas, la del teniente coronel Mota Velasco y la de un capitán de Sierra Gorda. Heridos mortalmente D. Luis López González del 2.º ligero aunque no de gravedad, y otros tres oficiales. De tropa tenemos 86 muertos y 110 heridos y algunos dispersos.

«El general Mejía marchará á México con todo el botín quitado al enemigo, y entre él una pieza de á 12 que nos hizo grandes perjuicios.

«Hasta mañana no se concluye de levantar el campo, pero pasado mañana estaré en Guanajuato.»

Degollado se retiró para San Luis, allí dió parte al gobierno del desastre, y expidió la siguiente proclama:

«Santos Degollado, &

«Soldados: Un nuevo y terrible descalabro ha venido á acrisolar nuestras creencias, y tengo orgullo en responder con un nuevo vigor y con fé más viva en el pueblo, á ese vaivén reparable de la fortuna inconstante.

«No depende por ventura la fortuna decisiva de nuestra causa, ni de los azares de la campaña, ni del poder ó debilidad material de nuestros enemigos. El día que estos pasaran su estandarte triunfante del uno al otro extremo de la República, si esto fuere posible, ese día caerían de rodillas delante de las ideas vencedoras exaltadas por la mano irresistible del siglo en que vivimos.

«Soldados: Siempre siguen los pasos de la derrota, la detracción,

la calumnia y la ingratitud. No nos desfiguremos nuestra situación. Justa ó injustamente la nación puede creer que le frustamos sus esperanzas, la generación presente que la ineptitud ó la cobardía aleja de sus ojos un porvenir de sosiego, y nuestros enemigos que los provocamos á la lucha realmente para llevarles como un tributo las armas y pertrechos que con tantos afanes confían á nuestra lealtad los pueblos.

«Por lo que á mí toca, me he presentado sumiso al poder supremo para que me juzgue, y si aún conservo mi espada, es porque representa á mis ojos y á los vuestros, la unión que es vuestra esperanza y será nuestra salvación. Separarse de esa unidad no es ni el desconocimiento de mi persona ni la protesta contra mi poca valía ó mi desgracia, sería el paliativo del miedo y la máscara de la traición.

«En estos momentos las recriminaciones no son mas que el despacho y la impotencia: la quietud, la resignación con la ignominia. Solo tenemos un camino de reparación: la lucha. Las mujeres lloran, los hombres se vengán.

«Brigada de reserva: vuestros hermanos os llaman desde la tumba para legaros su gloria y las coronas de los triunfos que ellos se habían prometido. Que vuestra respuesta sea el primer toque de marcha contra el enemigo.

Soldados: si se nos hecha en cara la desgracia, obliguemos á la victoria á que responda por nosotros; si se nos acusa de ineptitud y de cobardía, con nuestra sangre y la de nuestros enemigos, borremos esa mancha!

San Luis Potosí, noviembre 18 de 1859.—*Santos Degollado.*»

Siguieron incorporándose dispersos, y en la misma ciudad de San Luis se presentó á Degollado, el general José López Uruga, que había desembarcado poco antes en Tampico, procedente del extranjero, y le ofreció sus servicios. Uruga fué bien recibido por el general en jefe del ejército federal y le nombró cuartel maestro del mismo ejército. El veintitrés de noviembre evacuó Degollado la ciudad de San Luis, retirándose con tres mil hombres y una batería para Matehuala y ocupó aquella plaza el general reaccionario Manuel Díaz de la Vega.

Miramón, al mismo tiempo que hacía levantar el campo de la Estancia de las Vacas, destacaba las caballerías en persecución de

los restos del enemigo y á fin de que expeditaran el camino desde Querétaro á Guadalajara. Dispuso que la división Woll que iba á reunirsele, regresase á Zacatecas y emprendiera operaciones sobre el Norte.

En Apaseo, visitó Miramón al general Santiago Tapia, que se encontraba herido y en muy grave estado; al ver á Miramón le dijo: «Disponga V. E. de mí, solo recomiendo á mi ayudante que con fidelidad no se ha separado de mi lado» Miramón contestó: «Siento encontrar á Ud. en estas circunstancias, nada tengo que disponer más que lo necesario para su pronto restablecimiento; nada tema Ud. por su ayudante, si Ud. muere queda en libertad» y ordenó el presidente reaccionario á su ayudante el comandante Antonio Castlán, estuviera al lado del paciente para que si este lo quería, se hiciese cargo de aquello que deseara se entregase á su familia. Atenciones semejantes recibió el general José Justo Alvarez del general Tomás Mejía, que se hallaba como se indicó, recién amputado de la pierna, en Celaya.

El sábado diez y nueve de noviembre, á las dos de la tarde, llegó por la diligencia el general Miramón á Guadalajara, acompañado de su ministro Díaz: una salva de veintiún cañonazos anunció su presencia en la ciudad. Al momento, el comandante general expidió una orden general extraordinaria, previniendo á todos los jefes y oficiales francos de la guarnición, pasasen á saludar al presidente al palacio del obispado donde había tomado alojamiento.

El día veinte, un repique á vuelo anunció que las corporaciones militares y civiles, iban á felicitar á Miramón, y ya en presencia de éste, el general Tapia dijo:

«Excmo. Sr. general presidente.—El gobierno y comandancia general de Jalisco se congratula de poder felicitar á V. E. en la capital del Departamento, después de un triunfo tan cumplido como glorioso sobre los enemigos del orden social.

Ese impulso irresistible que comunicáis con la fuerza de vuestra voluntad y con el aliento de vuestro valor á los sucesos terribles de la guerra, os hace y hará siempre caminar presidido por la victoria en todas partes y conducir en pos de vuestra marcha triunfal la esperanza lisonjera, la tranquila confianza y la anhelada paz. Hoy el nombre de Querétaro ha venido á aumentar el número de los otros campos que traen desde muchos días ligado consigo el recuer-

do de vuestro nombre, y esta es la quinta vez que en la capital de Jalisco, henchida de entusiasmo, se goza en admiraros valiente y triunfador y feliz.

Guadalajara se gloria en la ocasión presente de tener en su recinto á la personificación del principio de la legalidad; á la expresión gloriosa de la causa nacional; al campeón más bizarro de los derechos de los pueblos.

Sr. Excmo: Cuando vemos entre nosotros al primer magistrado de la República, creemos tener derecho para esperar el advenimiento de todas las venturas que consigo lleva por donde quiera el que siempre vence, porque siempre tiene fé; el que siempre se cubre de honor y de gloria, porque á la par que esgrime con valor su espada, se escuda con la rectitud, con la justicia y con la ley.

Jalisco os protesta de nuevo una lealtad y una adhesión eterna; Jalisco os agradece vuestros sacrificios de héroe por alcanzar la consolidación del orden y de la paz pública; Jalisco os felicita por vuestra bienvenida; se da la enhorabuena de teneros á su frente, y con entusiasmo os rinde parias por vuestro reciente triunfo.»

El señor Magistrado del Tribunal de Hacienda se expresó en estos términos:

«Excmo. Sr.—Acaba V. E. de añadir una nueva corona á las muchas que ya ciñen su victoriosa sien. A nombre de los tribunales superiores del Departamento, doy por ello á V. E. el más sincero pláceme. Fije V. E. la paz en este, hasta ahora desgraciado suelo, y la patria agradecida escribirá en la lista de sus héroes, el nombre de su joven salvador.»

El Sr. Alegría Baez, dijo:

«Excmo. Sr.—En nombre de los tribunales de primera instancia de la capital, me honro de felicitar á V. E. tanto por el espléndido triunfo que han obtenido las armas del supremo gobierno en los campos de Las Vacas, como por el feliz arribo de V. E. á la capital de este hermoso Departamento; á esta ciudad cuyos habitantes recuerdan el nombre de V. E. con indecible entusiasmo, y que han tenido la felicidad de conservar la paz que recibió de su joven libertador, el 14 de diciembre del año anterior: paz, que si bien pudo vacilar hace unas cuantas semanas, el tino y pericia de sus primeras autoridades y el valor de sus subordinados, hicieron que no

sufriese alteración en esta parte de la República que tan digna y valerosamente había conquistado V. E.»

El Excmo. Sr. Presidente, contestó:

«Señores: Otra vez tengo el placer de visitar esta hermosa capital. Los sucesos que recientemente han tenido lugar en la República y señaladamente en el campo de la Estancia, son verdaderamente plausibles para la causa del orden, para la nación. Yo, señores, al dar gracias á todas las clases de esta sociedad que se han servido felicitar-me, les protesto que haré todo esfuerzo para obtener de las últimas victorias con que el Dios de los ejércitos ha favorecido nuestras armas, las importantes consecuencias que parecen destinadas á dar y para que mi viaje á Jalisco produzca ventajas positivas para el supremo gobierno y para el establecimiento de la paz y tranquilidad en el país.»

El general Márquez, que había salido con una división hacia el Poniente, fué mandado llamar por correo extraordinario.

Miramón, entretanto volvía Márquez, se informó del estado de fuerza y de todos los asuntos del gobierno, dictó algunas órdenes y en vista de que la orden sobre devolución del dinero de la conducta no se había cumplido, y que se habían gastado ya de él ciento ochenta mil pesos, expidió el siguiente decreto:

«Miguel Miramón, Presidente etc.

Considerando: Que cualquiera que sean las circunstancias en que el supremo gobierno se encuentre, y por grandes que sean sus escaseces no está autorizado para disponer de los caudales cuya custodia se le confía.

Considerando: Que habiendo dispuesto el gobierno del Departamento de Jalisco, por orden del Excmo. Sr. general en jefe del primer cuerpo de ejército, de la suma de 600,000 pesos parte de los caudales que venían en conducta á cargo de D. Pedro Jiménez y D. Pío Bermejillo; el supremo gobierno debe por este acto, una reparación tan cumplida, como le fuese posible darla.

Considerando, por último: Que la penuria del erario no le permite reintegrar en el acto la suma que se ha gastado ya de los 600,000 pesos mencionados, he tenido á bien decretar lo siguiente:

Art. 1º Se devolverá en el acto á los conductores D. Pedro Jiménez y D. Pío Bermejillo, la suma existente de los 600,000 pesos que fueron ocupados por orden del superior gobierno del de-